

disuasoria de la OTAN, entra de lleno en esta crítica. La distensión debe hacerse en la cooperación, también comercial y de transferencia tecnológica.

El libro de Oskar Lafontaine ha tenido una gran resonancia. Muestra un político inteligente, hábil, que sabe entonar distintas melodías. Por una parte, ha entendido y hecho propias las críticas e insatisfacciones de los movimientos sociales, vivos y de importancia electoral decisiva en el panorama político alemán. Pero además, su propuesta de pleno empleo, reduciendo jornada laboral sin aumentar costes sociales, despierta simpatías en sectores del electorado a su derecha; sobre todo en el ámbito del Partido liberal. Los intereses de su espacio afín son atendidos. Ello supone que en los planteamientos referidos existe una intención estratégica de hacer guiños a este partido, en vista de una posible coalición de gobierno tras las próximas elecciones. Los planteamientos de Lafontaine están pues provistos del difícil arte de abrir las puertas a la vez, a su izquierda a «los verdes» y a su derecha a los liberales; uno de los cuales parece

que tendrá que ser aliado, si los socialdemócratas desean gobernar en Alemania a comienzos del próximo año.

Un mérito importante del libro de Lafontaine reside en su capacidad de poner en movimiento la discusión sobre la creación de empleo, estancado en los últimos tiempos. Ha hecho, a la vez, que la política socialdemócrata, después de la crisis, pase a la ofensiva, ofreciendo una profunda renovación de sus planteamientos tradicionales. Pretende liderar las reivindicaciones obreras y la nueva sensibilidad social cada vez más extendida en los ámbitos más progresistas de la sociedad alemana.

El nuevo programa, no sin una buena dosis de audacia, trata de renovar profundamente las tesis de la socialdemocracia. El énfasis en la democracia económica, y el hecho de haberse tomado en serio y entendido la cuestión ecológica, abre expectativas, no exentas de escepticismo, para una manera innovadora de emprender una política de reformas profundas en la sociedad.

José Antonio Gimbernat

HACIA UN NUEVO SOCIALISMO

M. HARRINGTON: *Socialism: Past and Future*, Nueva York, Arcade Publishing, 1989, 320 pp.

Nos encontramos ante el testamento político de uno de los líderes norteamericanos del socialismo democrático. M. Harrington murió en agosto de 1989 poco después de haber aparecido este libro. Intuyendo su próximo final hace un balance histórico del movi-

miento socialista y apunta hacia su potencial futuro. Es el testamento de un militante y un intelectual que reflexiona sobre lo que es el socialismo desde Estados Unidos, la sociedad occidental del capitalismo más desarrollada y más refractaria a la tradición socialista.

Harrington es consciente, desde las primeras páginas, de la situación «confusa» en que se debate hoy el socialismo. Por eso necesita ofrecer la evolu-

ción de esta tradición desde el socialismo utópico hasta «el socialismo real» y la social-democracia actual. Es consciente de que sobre esta tradición pesan graves fracasos y acusaciones de inhumanidad, pero también de que, sin ella, la lucha por la justicia y la libertad perdería un gran apoyo. Es un esfuerzo de relectura crítica que trata de salvar el núcleo de esperanza para la humanidad que vehicula el socialismo. Más aún, es un intento por delinear los grandes trazos del nuevo socialismo del futuro que será necesario mantener en el siglo veintiuno con todo intento de humanización.

¿Por qué es importante el socialismo ante el futuro justo y libre de la sociedad?

Dos hipótesis están en el trasfondo de la respuesta de M. Harrington:

La primera se refiere a la sensibilidad peculiar con la que la tradición socialista ha observado las estructuras sociales y económicas, «de las que depende el destino humano de la libertad y la justicia». Si tal vinculación existe, entonces merece la pena prestar atención a un movimiento que ha querido supeditar el desarrollo estructural a los valores de la justicia y la libertad.

En segundo lugar, Harrington acepta —con otros muchos analistas sociales— que estamos viviendo en un momento histórico en que es perceptible el desarrollo ingente de la dimensión sistémica, impersonal, de la sociedad. El ser humano corre peligro de ser subsumido bajo el extrañamiento de los mecanismos anónimos. Nuestro autor denomina socialización (*socialization*) «a este imperativo de toda sociedad desde finales del siglo diecinueve...; destino del mundo entero en el siglo veintiuno» de devenir más y más organizada bajo el dinamismo de los sistemas, especialmente el económico y burocrático.

El concepto no es claro, para ser tan manejado por el autor, pero su intención es patente: caracterizar un fenómeno del mundo actual, sobre todo capitalista, con el cual tiene que confrontarse el socialismo. Porque la prolongación de la hipótesis de «la socialización» va unida a un diagnóstico de nuestras sociedades capitalistas. Éstas cada vez «tienden hacia una creciente centralización y planificación que tiene lugar de *arriba a abajo*». El mecanismo del mercado, bajo el capitalismo, funciona como un mecanismo de integración social. Los individuos son libres para elegir (pluralismo) lo que la presión invisible de las necesidades inducidas del consumo dictan que se debe elegir. A la larga el proceso de socialización bajo el capitalismo «subvierte las posibilidades de la libertad y la justicia que el mismo capitalismo —aunque a regañadientes— cultivó». Se advierte ya, desde este planteamiento, que la esperanza socialista se entiende justamente como una alternativa a esta situación. El socialismo será concebido como «el sometimiento del proceso de socialización al control democrático *desde abajo*, por el pueblo y sus comunidades». Pero, ¿no estamos viviendo un momento en que de modo incontenible se nos están haciendo visibles las irrationalidades y contradicciones de un sistema que actuaba en nombre del socialismo?

Para Harrington, el derrumbe del bloque del Este —que no ha podido ver con todo su estrépito— no es un argumento concluyente contra las potencialidades que alberga el socialismo. El estalinismo es una aberración que no puede denominarse socialismo. Tras su análisis, Harrington concluye que «llamo a este sistema *colectivismo burocrático* y no capitalismo ni socialismo». En él se dio la nacionalización de los medios de producción, «pero el

pueblo no tuvo control sobre la economía que teóricamente poscía». Por todo esto, nuestro autor expulsa al «sistema antisocialista del colectivismo burocrático» de la tradición socialista. Una exclusión dictada bajo el análisis de las premisas teóricas y del impulso ético-político de nuestro autor, pero que no puede por menos que lanzar la sombra de la sospecha de los apartamientos teóricos. Pesa sobre la tradición socialista hasta qué punto hay alguna vinculación o tendencia a crear estructuras dictatoriales de poder. Harrington no responde. Más bien rechaza esta posibilidad, porque para él el socialismo es precisamente la negación de la opresión, de la injusticia y de la sustitución elitista de la mayoría de los ciudadanos.

Y se nos está dando ya una respuesta acerca de *qué es el socialismo*, al menos, *el nuevo socialismo* que Harrington atisba como una gran esperanza para la humanidad. No es tanto una forma de gobierno como un *movimiento* dentro del gobierno. No es un movimiento para la toma violenta del poder por la clase trabajadora, cuanto un movimiento para sustituir las fuerzas anónimas por la responsabilidad consciente de los ciudadanos. No es una política de nacionalizaciones de los medios de producción, cuanto una forma de ejercer de abajo arriba el control y el gobierno. No es un ideal de una mezcla de planificación y mercado, cuanto un control del mercado por las necesidades humanas decididas libremente por los ciudadanos. El nuevo socialismo, en suma, camina de la mano de la profundización democrática. ¿No es esta concepción de socialismo un conjunto de piadosos deseos? A menudo el lector tiene la impresión de estar ante un *nuevo socialismo* que quiere todos los bienes sin atentar seriamente contra su enemigo tradicio-

nal y estructural: el capitalismo. Harrington, sin embargo, va desgranando capítulo a capítulo su concepción y desmontando lo que parecían las verdades tradicionales del socialismo. No son realmente definitorias del nuevo socialismo; y su consideración dogmática ha producido más males que bienes. La historia de la social-democracia centro y noreuropea testimonian lo acertado de su reflexión.

Harrington es un socialdemócrata. Se apunta con convicción y argumentos a esta interpretación del socialismo. Su nuevo socialismo es, por tanto, reformista, perfeccionista. No cree en las negaciones nacidas de las conjuras ideológicas; menos en las negaciones masivas del capitalismo. Argumenta que la división de derechos y poderes, de economía y política, que se da en las sociedades del capitalismo democrático es una vía abierta para su transformación. Sobre todo para ir ganando espacio para la libertad personal y comunitaria y para las estructuras de solidaridad y justicia. Es decir, para el nuevo socialismo.

En el fondo late el ideal de una «Suecia imaginaria». Una sociedad que hubiera superado el sometimiento a la mercancía y hubiese creado las bases de una nueva civilización mundial más igualitaria.

¿Podrá un movimiento reformista conducir más allá del capitalismo de las multinacionales? De nuevo la sombra que se cierne sobre la propuesta de Harrington es si el gradualismo propuesto conducirá más allá de retoques al sistema o a un cambio cualitativo. Nuestro autor apuesta por tal posibilidad. El socialismo es, por tanto, un movimiento de un talante ético, no tanto una determinada estructura social. Si se entiende esto, se comprenderá la fe de Harrington y su esperanza. Y también el riesgo que amenaza al

socialismo. Necesita de hombres con los valores de solidaridad, justicia y libertad que rezuma nuestro autor.

En un momento de «ofensiva neo-conservadora» parece que la sensibilidad es contraria a las propuestas de nuestro autor. Pero éste, además de desmontar las justificaciones ideológicas del capitalismo democrático, mitificado por los nuevos conservadores argumenta en pro de la solución socialista. El nuevo socialista postula un mundo ecológicamente reconciliado con el hombre, igualitario y libre. Los valores que éste encarna están ínsitos en el corazón humano, en la razón crítica y en la objetividad con que presionan los hechos. De lo contrario, «el lento apocalipsis» de nuestro tiempo

avanzará a pesar de los éxitos económicos de los Reagan y Thatcher o de «los cuatro Pequeños Dragones». La «sociedad dual» crecerá y la insolidaridad cavará un foso entre los humanos.

Harrington defiende su propuesta con un recorrido histórico que resume los puntos centrales del pensamiento de K. Marx, Kautsky, Lenin, Hilferding..., hasta el laborismo inglés de los años cincuenta, el socialismo francés de los ochenta o los teóricos del socialismo sueco. Estudio ambicioso, informado, escrito con lógica y nervio, y atravesado por la pasión ética de la justicia y la libertad. Un modelo de ensayo político.

José M.^a Mardones

EN LA CONTINGENCIA, LA IRONÍA Y LA SOLIDARIDAD

R. RORTY: *Contingency, Irony and Solidarity*, Cambridge University Press, 1989, 201 pp.

Desde la publicación en castellano de *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, Rorty es un autor si no conocido sí, al menos, nombrado dentro de nuestro panorama filosófico; su original recuperación del pragmatismo, su negativa al positivismo de distinto pelaje que ha dominado la filosofía americana, su necesidad de proveer acuerdos momentáneos e históricamente mediados en lugar de consensos universales, son características que se expresaron en el libro citado y se concretaron en los artículos recogidos en *Consequences of Pragmatism*. Todo esto le hace ser un crítico señero de lo que se ha establecido como paradigma del pensamiento moderno; él mismo se une a los que considera al borde de ese pen-

samiento: Heidegger, Nietzsche, Derrida (en una recuperación originalísima de ellos desde el pragmatismo).

Al igual que *Consequences of Pragmatism*, éste, su tercer y último libro, también es una recolección de artículos: los tres primeros capítulos dedicados a los límites de la contingencia («The contingency of language», «The contingency of selfhood» y «The contingency of community») son conferencias que ya aparecieron publicadas en el *London Review of Books*, los seis restantes son también conferencias aún no publicadas.

El libro comienza de forma fuerte. La primera parte, dedicada a la contingencia, es el intento de mostrar en qué consiste la tarea teórica cuando se cree que no hay una tarea teórica privilegiada. La tesis que vertebrata todo el trabajo (y que ya recorrió su *Consequences of Pragmatism*) es la idea de que el